

La "magdalena" más famosa del mundo

Sergio Gómez Parra



Marcel Proust: Biografía mínima

10 agosto 1871: Nace en París. **1881:** Primera crisis asmática que le acompañará toda su vida. La angustia de estas crisis es el tema con el que se abre *A la búsqueda del tiempo perdido*. **1882-1888:** Estudia en el Liceo Condorcet de París. Ausencias continuas por el asma. Participa en dos revistas colegiales. **1896-1904:** Escribe su primera novela, *Jean Santeuil* (de publicación póstuma en 1952). **1901:** "Hoy cumpla 30 años y no he hecho nada". **1903:** Muere su padre. **1905:** Publica el ensayo *Sobre la lectura*. Su madre cae gravemente enferma. Muere el 26 de septiembre. Golpe terrible para Proust. Depresión. Semanas en un sanatorio. A la salida se recluye en su casa. **1909:** Trabaja en el ensayo *Contra Sainte Beuve* que acaba convirtiéndose en la novela que solo finalizó con su muerte y que tituló, genéricamente, *A la búsqueda del tiempo perdido*. **1910:** Su Obra va cogiendo forma. A comienzos de 1911 se compone de dos partes: el *Tiempo perdido* y el *Tiempo recobrado*. Manuscrito larguísimo (900 páginas). Dificultades con los editores. **1913:** Se publica *Por el camino de Swann*, primera parte de la novela. Inadvertida. La guerra interrumpe la publicación de *El mundo de Guermantes*. **1916:** La poderosa Editorial Gallimard se hace con los derechos de su obra. Cada vez más enfermo. Crisis asmáticas violentas que le impiden hablar. **10 diciembre 1919:** Obtiene el premio Goncourt, el más importante de Francia, con *A la sombra de las muchachas en flor*. **1922:** Primavera. Acaba *A la búsqueda del tiempo perdido*. Se siente liberado. En otoño contrae una neumonía. **18 noviembre 1922:** Pese a los cuidados de su hermano, médico, fallece.

«...me llevé a los labios una cucharada de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí,...»

(M. Proust)

La "magdalena" más famosa del mundo

Nadie ha sacado tanto jugo literario a algo tan aparentemente insignificante como el sabor de una "magdalena" empapada en té. Tan es así que difícilmente se puede explicar buena parte de la novela contemporánea sin este texto. ¿Quién lo diría? ¿Quién lo creyera?...

El texto

Hacia ya muchos años que **no existía para mí de Combray más que el escenario y el drama del momento de acostarme**, cuando un día de invierno, al volver a casa, mi madre, viendo que yo tenía frío, me propuso que tomara, en contra de mi costumbre, **una taza de té**. Primero dije que no; pero luego, sin saber por qué, volví de mi acuerdo. Mandó mi madre por uno de esos bollos, cortos y abultados, que llaman **magdalenas**, que parece que tienen por molde una valva de concha de peregrino. Muy pronto, abrumado por el triste día que había pasado y por la perspectiva de otro tan melancólico por venir, **me llevé a los labios una cucharada de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo; tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que lo causaba. Y él me convirtió las vicisitudes de la vida en indiferentes, sus desastres en inofensivos y su brevedad en ilusoria**, todo del mismo modo que opera el amor, llenándose de una esencia preciosa; pero mejor dicho, esa esencia no es que estuviera en mí, es que era yo mismo. **Dejé de sentirme mediocre, contingente y mortal. ¿De dónde podría venirme aquella alegría tan fuerte? Me daba cuenta de que iba unida al sabor del té y del bollo, pero le excedía en mucho, y no debía de ser de la misma naturaleza: ¿De dónde venía y que significaba? ¿Cómo llegar a aprehenderlo? Bebo un segundo trago, que no me dice más que el primero; luego un tercero, que ya me dice un poco menos.** Ya es hora de pararse: parece que la virtud del brebaje va aminorándose. Ya se ve claro **que la verdad que yo busco no está en él, sino en mí**. El brebaje la despertó, pero no sabe cuál es, y lo único que puede hacer es repetir indefinidamente, pero cada vez con menos intensidad, ese testimonio que no sé interpretar y que quiero volver a pedirle dentro de un instante y encontrar intacto a mi disposición para llegar a una **aclaración decisiva. Dejo la taza y me vuelvo hacia mi alma. Ella es la que tiene que dar con la verdad. Pero ¿Cómo?** Grave incertidumbre ésta, cuando el alma se siente superada por sí misma; cuando ella, lo que busca, es justamente el país oscuro por donde ha de buscar, sin que les sirva para nada su bagaje. ¿Buscar? No sólo buscar: crear. Se encuentra ante una cosa que todavía no existe, y a la que ella solo puede dar realidad y entrarla en el campo de su visión.

Y otra vez me pregunto: **¿Cuál puede ser ese desconocido estado que no trae consigo ninguna prueba lógica, sino la evidencia de felicidad y de su realidad, junto a la que se desvanecen todas las restantes realidades? Intento hacerlo aparecer de nuevo.** Vuelvo con el pensamiento al instante en que tomé la primera cucharada de té. Y me encuentro con el mismo estado, sin ninguna claridad nueva. **Pido a mi alma un esfuerzo más, para que me traiga otra vez la sensación fugitiva.** Y, para que nada la estorbe en ese arranque con que va a probar a captarla, aparte de mi todo obstáculo, toda idea extraña, y protejo mis oídos y mi atención contra los ruidos de la habitación vecina. Pero, como siento que se me cansa el alma sin lograr nada, **ahora la fuerzo por el contrario, a esa distracción que antes le negaba, a pensar en otra cosa, a reponerse antes de la tentativa suprema.** Y luego, por segunda vez, hago el vacío frente a ella, **vuelvo a ponerla cara a cara con el sabor aún reciente del primer trago de té, siento**

Tiene frío. Su madre le da una taza de té y una magdalena.

Intento (inútil) de repetir y descubrir el significado de lo sentido mediante tragos de té. Comprende que lo que busca está dentro de él no en el té.

Nuevo intento mental y nuevo esfuerzo anímico (inútiles) de reproducir la sensación de felicidad primera.

En el recuerdo del narrador el pueblo de Combray es solo el "drama de acostarse"

El sabor de la magdalena mojada en el té desencadena una marea de sentimientos internos, gozosos e indescriptibles apuntando a la eternidad.

Se vuelve entonces, hacia su "alma" buscando la verdad intuida, pero no sabe cómo hacerlo.

Actitud contraria: se obliga a pensar en otra cosa. Vuelve de nuevo el sabor y nota que un pasado remoto, todavía oscuro y confuso, comienza a ascender desde las profundidades de su interior.

estremecerse en mí algo que se agita, que quiere elevarse; algo que acaba de perder ancla a una gran profundidad, no sé el qué, pero que va ascendiendo lentamente; percibo la resistencia y oigo el rumor de distancias que va atravesando.

Los recuerdos son solo un "inaprensible torbellino de colores".

Indudablemente, lo que así palpita dentro de mi ser será la imagen y los recuerdos visuales que, enlazado al sabor aquel, intenta seguirlo hasta llegar a mí. Pero lucha muy lejos, y muy confusamente: apenas se distingue del reflejo neutro en que se confunde el **inaprensible torbellino de los colores** que se agitan; pero no puedo discernir la forma y pedirle, como único intérprete posible que me produzca el testimonio de su contemporáneo, de su inseparable compañero el sabor, y que me enseñe de qué circunstancia particular y de qué época del pasado se trata.

¿Llegará hasta superficie de mi conciencia clara ese recuerdo, ese instante antiguo que la atracción de un instante idéntico ha ido a solicitar tan lejos, a conmover y alzar en el fondo de mi ser? No sé. Ya no siento nada: se ha parado; quizá descende otra vez; quién sabe si tornará a subir desde lo hondo de su noche. Hay que volver a empezar una y diez veces; hay que inclinarse en su busca. **Y cada vez esa cobardía que nos aparta de todo trabajo difíciloso y de toda obra importante me aconseja que deje eso y que me beba el te**, pensando sencillamente en mis preocupaciones de hoy y en mis deseos de mañana, que se dejan rumiar sin esfuerzo.

Dudas, tentaciones de dejarlo todo y dejarse llevar por la rutina diaria.

EL RECUERDO. El sabor del pasado se reúne con el presente y surgen los nombres y las horas...

Y de pronto el recuerdo surge. **Ese sabor es el que tenía el pedazo de magdalena que mi tía Leonila me ofrecía, después de mojado en su infusión de te o de tila, los domingos por la mañana en Combray** (porque los domingos yo no salía hasta la hora de misa), cuando iba a darle los buenos días a su cuarto. Ver la magdalena no me había recordado nada, antes de que la probara; quizá porque, como había visto muchas sin comerlas, en las pastelerías, su imagen se había separado de aquellos días de Combray para enlazarse a otros más recientes; ¡Quizá porque de esos recuerdos, por tanto tiempo abandonados fuera de la memoria, no sobrevive nada y todo se va disgregando!; las formas externas-también aquella tan gratamente sensual de la concha, con sus dobleces severos y devotos-, adormecidas o anuladas, habían perdido la fuerza de expansión que las empujaba hasta la conciencia. Pero cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frágiles, más vivos, más inmatereales, más persistentes y más fieles que nunca, el dolor y al sabor perduran mucho más, y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita **el edificio enorme del recuerdo**.



En cuanto reconocí el sabor del pedazo de magdalena mojado en tila que mi tía me daba (aunque todavía no había descubierto y tardaría mucho en averiguar por qué ese recuerdo me daba tanta dicha), **la vieja casa gris con fachada a la calle, donde estaba su cuarto**, vino como una decoración de teatro a ajustarse al pabelloncito del jardín que detrás de la fábrica principal se había construido para mis padres, y en donde estaba ese truncado lienzo de casa que yo únicamente recordaba hasta entonces; **y con la casa vino el pueblo**, desde la hora matinal hasta la vespertina y en todo tiempo, la plaza, a donde me mandaban antes de almorzar, y las calles por donde iba a hacer recados, y los caminos que seguíamos cuando hacía buen tiempo. Y como ese entretenimiento de los japoneses que meten en un cacharro de porcelana pedacitos de papel, al parecer, informes, y en cuanto se mojan empiezan a estirarse, a tomar forma, a colorearse y a distinguirse, convirtiéndose en flores, en casas, en personajes consistentes y cognoscibles, así ahora **todas las flores de nuestro jardín y las del parque del Señor Swann y las ninfeas del Vivonne y las buenas gentes del pueblo y sus viviendas chiquitas y la iglesia de Combray entero y sus alrededores, todo eso, pueblo y jardines, que va tomando forma y consistencia, sale de mi taza de té**.



A la manera de Proust

Quien más quien menos tiene su propia "magdalena": UN OLOR, UN SABOR, UN TACTO, UN RUIDO... capaz de conducirle hasta un pasado más o menos profundo, más o menos lejano. Es cuestión de encontrarla y comenzar.

Este puede ser un ejercicio interesante, a medio camino entre lo literario y lo psicológico, para aprendices de escritor o para alumnos mayores de la ESO o del Bachillerato deseosos de devolver a la vida tiempos, momentos, lugares, nombres y sentimientos ahogados por las mareas del tiempo...

Pasos para guiar al profesor empeñado en conducir a sus alumnos a esta aventura:

1 El profesor entra en clase con una bolsa. De ella va sacando **mandarinas, caramelos de menta, manzanas, chokolatinas, galletas "maría"...** toda una merendola que coloca sobre la mesa. Criterio de elección del comestible: estar ligado a la infancia o a un momento concreto de la vida del alumno (Navidad, Año nuevo, Verano...) La vista o el gusto de tales viandas deben traer a los alumnos recuerdos, anclados en lo más profundo de sí mismos, pero muy presentes. Cada uno se toma el que ha elegido.

2 A continuación, el profesor entrega a cada alumno, mientras todavía está comiendo, **una hoja en blanco**. Le pide que escriba en ella las impresiones, los recuerdos, anécdotas que le van llegando. En estos momentos, ni la ortografía ni el estilo tienen importancia. Es una experiencia, no un "deber escolar". Hasta pueden cambiar impresiones. Poco a poco, se hará el silencio y cada uno se perderá en sus recuerdos.

3 Momento para **intercambiar opiniones** sobre las impresiones experimentadas, sobre los recuerdos que han llegado a la superficie. ¿Recordaban todos los momentos "recontrados"? ¿Han tenido que hacer esfuerzos reflexivos para llegar a precisar datos? Por esta vía llegarán a las dos formas de la memoria "proustiana": la sensitiva, espontánea, fugaz, ligada a una impresión sensorial; y la memoria "obligada", forzada a rememorar hechos imprecisos a primera vista.

4 Es el momento de **leer, o releer, el texto de la "magdalena"** del bueno de Marcel e iniciar un trabajo de **comparación** entre el estilo prustiano y trabajo propio. Pueden retocar, rehacer, recomponer... su escrito. ¡Buen provecho (literario)!

El Perfume, de Patrick Süskind. El olor se hace literatura

"En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno. Las calles apestaban a estiércol, los patios interiores apestaban a orina, los huecos de las escaleras apestaban a madera podrida y excrementos de rata, las cocinas, a col podrida y grasa de carnero; los aposentos sin ventilación apestaban a polvo enmohecido; los dormitorios, a sábanas grasientas, a edredones húmedos y al penetrante olor dulzón de los orinales. Las chimeneas apestaban a azufre, las curtidurías, a lejías cáusticas, los mataderos, a sangre coagulada. Hombres y mujeres apestaban a sudor y a ropa sucia; en sus bocas apestaban los dientes infectados, los alientos olían a cebolla y los cuerpos, cuando ya no eran jóvenes, a queso rancio, a leche agria y a tumores malignos. Apestaban los ríos, apestaban las plazas, apestaban las iglesias y el hedor se respiraba por igual bajo los puentes y en los palacios."

Patrick Süskind
El perfume



Así comienza esta estupenda novela en la que su protagonista es un genio absoluto en el reino evanescente de los olores.

Sentidos y sentimientos

Con frecuencia, con mucha frecuencia, el escritor se vale de los sentidos para sugerir sentimientos. Un ruido, un olor, una mirada, un sabor... nos salen al paso a la vuelta de cualquier página recreando en nosotros el sentimiento de un personaje o el ambiente de una determinada acción.

Vamos a jugar un poco a la adivinanza literaria reconociendo los sentimientos a los que apuntan las percepciones sensoriales recogidas en los siguientes textos:

"El animal, con la lengua fuera, miraba fijamente al gitano. Pensó que aquella vez lo cazaría contra las tablas rojas. Solo hacía falta una corta embestida. El toro seguía mirando." (Ernest Hemingway)

Percepción sensorial

Sentimiento

"Encendía un cigarrillo con la colilla del anterior mientras la boca se le volvía pastosa y los ojos le picaban. Seguía esperando." (Dashiell Hammet)

Percepción sensorial

Sentimiento

"Tres mujeres, ancianas, con la cara embadurnada con una especie de cera blanca, vertían agua sobre su cuerpo y lo secaban con paños de seda tibios. Tenían las manos leñosas pero ligerísimas." (Alessandro Barico)

Percepción sensorial

Sentimiento

"Permanecí allí soñando hasta que me despertó a medias un suave sonido musical, como el silbido de la brisa en un trigal. Oí el suave susurro de las espigas al mecerse, el canto de los pájaros, el rumor de una cascada y el murmullo de los árboles." (Tolstoi)

Percepción sensorial

Sentimiento

"Miré hacia atrás y vi una silueta a la luz de un único globo instalado en una especie de glorieta. No sabía si era hombre o mujer. Estaba de rodillas frente a una fuentecita." (Horace Mc Coy)

Percepción sensorial

Sentimiento

"Me desperté. Un ruido molesto e intermitente parecía sonar en la pared donde estaba empotrada mi cama de hierro. Aquel ruido isócrono perduraba después de oírlo en mi cerebro, exaltado por lo inactual de aquel acontecimiento." (Carranque de Ríos)

Percepción sensorial

Sentimiento

"Mi oreja rústica sentíase halagada en lo más íntimo al oír aquel chorro de palabras netas y ágiles que nacían en los labios de la señorita. La mayor parte eran palabras de mi uso; pero en su boca estaban como más limpias y nuevas (...)" (José Moreno Villa)

Percepción sensorial

Sentimiento